

LENGUAJE Y CONOCIMIENTO: EL PROGRAMA CHOMSKIANO

José Luis González Escribano
Catedrático de Filología Inglesa
Universidad de Oviedo

A la ya extensa bibliografía de Chomsky en español se ha incorporado recientemente *EL LENGUAJE Y LOS PROBLEMAS DEL CONOCIMIENTO* (traducción de su *LANGUAGE AND PROBLEMS OF KNOWLEDGE . THE MANAGUA LECTURES . Cambridge: MIT Press 1988*) publicada en la serie *Lingüística y Conocimiento de la editorial Visor, Madrid 1989*.

Se trata de una atractiva y relativamente actualizada (1986) exposición informal de la teoría chomskiana, que tiene acaso especial interés para los lectores hispanohablantes, tanto por el entorno en el que inicialmente se celebraron las conferencias que han dado origen al libro, como por el hecho de que en este caso Chomsky utilice sistemáticamente fenómenos del español para exponer y ejemplificar los principios de su teoría. Es un libro accesible si los hay, que apenas presupone ningún conocimiento especializado por parte del lector, y, en este sentido, difícilmente se encontrará una introducción a la lingüística chomskiana actual tan clara y de tan indiscutible autoridad. Sin embargo, tampoco el especialista perderá su tiempo si lee a un Chomsky un tanto inusitado esforzándose por destilar y exponer con la máxima claridad la esencia de sus ideas sobre el lenguaje y la lingüística. Al contrario, ese estilo informal y pedagógico a menudo induce a exhibir con toda claridad, e incluso con crudeza, tesis que en exposiciones más académicas aparecen suavizadas por las cautelas propias del discurso científico, y por ello textos como el que nos ocupa resultan una ayuda inestimable también para el lingüista o el filósofo del lenguaje que intenta comprender la posición de Chomsky y sus implicaciones en toda su profundidad.

En muy pocas y amenas páginas, Chomsky consigue plantear en un marco coherente las cuestiones prioritarias constitutivas de su estrategia de investigación actual, nos brinda con especial lucidez y franqueza sus respuestas características, y a la vez deja que esa exposición le sirva de pretexto para explicar un conjunto de hechos reducido, pero significativo, del español. Los "Leitmotive" de la investigación chomskiana no han cambiado apenas en treinta años y son ya muy conocidos entre nosotros. En esta ocasión Chomsky los resume aproximadamente así: (1) ¿En qué consiste el conocimiento o la capacidad lingüística depositado en la mente/cerebro del hablante de una lengua? (2) ¿Cómo surge o se adquiere esa capacidad? (el problema de Platón y Russell).(3) ¿Cómo se usa creativamente ese conocimiento en la producción y recepción del habla? (el problema de Descartes). Y (4) ¿Cuáles son las propiedades del soporte físico de la competencia lingüística?.

Naturalmente, en su sentido literal, esas cuestiones generan aparentemente un ambiciosísimo programa de investigación lingüística integral, un paradigma diferenciado, totalizador, y excluyente, que involucra automáticamente a otras disciplinas como la Psicología o la Neurofisiología, e induce una polémica reorganización del mapa de las ciencias, según la cual la Lingüística es un capítulo de la Psicología o de la Biología, etc., y en efecto la escuela chomskiana se comporta, y suele ser considerada, como una concepción alternativa a, e irreconciliable con, otros puntos de vista, para nosotros más tradicionales, de raigambre estructuralista o funcionalista. Sin embargo, a nuestro modo de ver, esas formulaciones programáticas de (1)-(4) son ambiguas y en realidad no coinciden en absoluto con el auténtico foco de interés de Chomsky y su escuela, que en la práctica se limita a la caracterización de la estructura, el proceso de adquisición y, acaso, el funcionamiento de sólo un aspecto cuantitativamente minúsculo, aunque crucial, de nuestra capacidad lingüística, i.e., el conjunto de propiedades abstractas directamente derivadas de la Facultad de Lenguaje. El objeto teórico de la lingüística chomskiana se contrae tanto en la práctica que, de no ser por la letra de fórmulas programáticas y propagandísticas como las de (1)-(4), que recuerdan el planteamiento, más amplio, del período inicial, acaba siendo difícil comprender por qué sigue esa tradición viéndose a sí misma, y siendo vista por otros, como una alternativa integral, en vez de, simplemente, como una teoría parcial acerca de un aspecto fragmentario, aunque importantísimo, del Lenguaje Humano.

La estrategia chomskiana siempre ha consistido en proponer sendas teorías encargadas de caracterizar los aspectos interesantes de cada uno de esos problemas, aunque dando prioridad a los dos primeros, y prioridad absoluta al primero de ellos, en parte por la lógica inherente al desarrollo de esas cuestiones y en parte por el obstáculo que representa nuestra escasez de conocimientos científicos acerca de (3) y (4) en el momento actual.

En respuesta a (1), Chomsky ofrece ante todo una teoría innatista de la Facultad de Lenguaje humana en su estado inicial, i.e., tal como viene determinada biológicamente con anterioridad a cualquier experiencia lingüística del infante en su recién estrenado entorno social. Buscando entroncar con una vieja tradición filosófica racionalista europea, Chomsky denominó en su día a esa teoría, un tanto desafortunadamente, Gramática Universal (GU, en lo sucesivo). Hoy en día, GU es una teoría de estructura modular e interactiva, compuesta de varios sistemas de principios parametrizados de cuyas interacciones es posible deducir un número finito, aunque amplio, de configuraciones que a su vez sustentan teorías derivadas (= gramáticas) de las lenguas humanas posibles. En cuanto estrategia científica, GU es, sin duda, una hipótesis que permite conjugar inteligiblemente la tesis innatista con el hecho evidente de la diversidad de lenguas existentes y, en respuesta a (2), explicar creíblemente algunos de los aspectos más intrigantes de la adquisición del lenguaje. Por ambas razones, comprensiblemente, GU es el auténtico foco de interés científico de la lingüística chomskiana y el aspecto en el que sus éxitos pueden considerarse más espectaculares. Sin embargo, siempre ha habido en torno al contenido de GU una cierta ambigüedad, que en este caso

desgraciadamente persiste, y que ha dado lugar a escepticismos muy razonables y, sobre todo, a múltiples malentendidos.

Desde hace un par de décadas, Chomsky ha venido atribuyendo a esa Facultad de Lenguaje innata aspectos del mecanismo lingüístico aparentemente infradeterminados por la evidencia accesible al infante, en una cierta concepción de los unos y la otra, y para los que el argumento de "pobreza del estímulo" parecía tener fuerza en cada momento dado. Sin embargo, dicho argumento es compulsivo sólo en la medida en que la complejidad de los mecanismos postulados los hace manifiestamente inexplicables mediante operaciones simples de inspección y generalización analógica por parte del sujeto. A medida que la estrategia de la teorización dentro de la lingüística chomskiana ha llevado a dar prioridad a principios interactivos de máxima simplicidad y naturalidad, lógicamente, la complejidad de los mecanismos postulados ha decrecido, y con ella, en la misma proporción, la fuerza del argumento en pro de la existencia de una Facultad de Lenguaje específica y netamente separada de los otros sistemas de procesamiento de información implementados en el cerebro humano.

Es un mecanismo "dialéctico" elemental: cuanto más resonantes sean los éxitos de la lingüística chomskiana explicando mediante principios de máxima simplicidad conductas lingüísticas complejas, y desde luego lo han sido, y siguen siéndolo, tanto más difícil será atribuir tales principios a una facultad específica netamente diferenciada dentro del paquete biológico de la especie. La explicación por recurso a principios innatos subsiste, sin duda, pero cada vez será menos creíble que esos principios sean otra cosa que los que determinan los procesos de cognición y el procesamiento de la información mental en general. La estrategia de la Teoría Estándar Extendida encierra, pues, el germen de la autodestrucción de una de sus hipótesis más características. En este caso, desde luego, muy pocos de los fenómenos aducidos por Chomsky (quizá únicamente los principios de ligamiento) tienen la complejidad suficiente para sustentar un argumento de pobreza del estímulo verdaderamente contundente. La mayoría de las propiedades lingüísticas mencionadas por Chomsky (procesos que operan sobre estructuras jerarquizadas, recursividad, endocentricidad, adyacencia, etc.) son, en su caracterización teórica actual, comparables en naturaleza y grado de complejidad a otras con las que el sujeto ha de operar en otros dominios cognitivos, o, en todo caso, deducibles de las características de las piezas léxicas, que, como es sabido, son adquiridas en un proceso prolongado y de intensa retroalimentación por parte del entorno social. Esto es extensible, incluso, a al menos una parte de las propiedades de las categorías vacías que Chomsky hábilmente arguye existen en nuestras representaciones mentales. Por tanto, asumiendo la indudable mediación de unos mecanismos de procesamiento de información característicos de la especie, parece razonable sostener que tanto en un caso como en el otro las propiedades necesarias para la configuración de los respectivos sistemas son accesibles por operaciones idénticas o muy similares a las que el sujeto efectúa constantemente en todo tipo de dominios cognitivos no lingüísticos. De ello, precisamente, depende la credibilidad de la solución chomskiana al problema de Platón: si el factor decisivo en la fijación de los parámetros es, después de todo, un órgano altamente especializado, no tiene sentido utilizar argumentos de

naturalidad fundados en el carácter primario (= prominente, directamente accesible a la observación, ...) de la evidencia que debe ser proporcionada a la Facultad de Lenguaje. Una tal Facultad de Lenguaje bien podría nutrirse de evidencia, al contrario, nada "primaria" en ese sentido, y generar mecanismos complejos y nada naturales con respecto a ese criterio. Las alusiones al carácter primario de la evidencia nutriente y los argumentos de simplicidad y naturalidad remiten, pues, irremisiblemente a esas operaciones de procesamiento de información generales. Por consiguiente, la estrategia chomskiana, si no invalidado, al menos ha erosionado el argumento de pobreza del estímulo y socavado los cimientos de la hipótesis innatista en lo referente a la existencia de una Facultad de Lenguaje diferenciada.

Los escepticismos y los malentendidos en torno a la tesis innatista se derivan por lo general de la ambigüedad con que con frecuencia ha sido expuesta, sobre todo en lo referente a su alcance. Obviamente, no es lo mismo atribuir a la Facultad de Lenguaje ciertos mecanismos muy abstractos (= difíciles o imposibles de observar) y generales, atestiguados, además, en un gran número de lenguas, como ha venido haciendo en general Chomsky, que postular una base genética común y universal para todo un sistema conceptual, como hicieron con prematura euforia a finales de los años sesenta algunos entusiastas de la Semántica Generativa. En los últimos años, el carácter de los parámetros postulados para GU y la introducción de distinciones como la de **núcleo** vs. **periferia** de la gramática parecían circunscribir el alcance de la hipótesis innatista a límites relativamente poco controvertibles. Sin embargo, algunos pasajes del libro que nos ocupa reintroducen posiciones innatistas mucho más fuertes, sobre todo en lo referente a la adquisición del léxico: (p. 31) "...el niño, de alguna forma, dispone de conceptos previos a su experiencia de la lengua y está básicamente aprendiendo etiquetas para conceptos que son ya parte de su aparato conceptual". Chomsky llega a decir que se trata de conceptos previos a toda experiencia (pp. 34-35): "...no hay ninguna duda de que la adquisición del vocabulario está guiada por un sistema conceptual rico e invariable, anterior a cualquier experiencia" (también p. 108 et passim).

Naturalmente, que la conceptualización está sometida a ciertas guías biológicamente determinadas, como Chomsky dice, más moderadamente, en otros lugares (pp. 63, 66), es un supuesto aceptable hasta para los empiristas recalcitrantes, pero de ahí a postular **conceptos** (no "moldes" de conceptos) innatos y concebir el aprendizaje del léxico como un procedimiento de simple asignación de etiquetas a conceptos preexistentes, hay un largo trecho. La evidencia empírica en favor de tal extensión de la hipótesis innatista es, hoy por hoy, manifiestamente insuficiente para obligarnos a andarlo, en primer lugar, y, en todo caso, aún no parece necesario recurrir a semejante expediente. Es de esperar, pues, un rebrote de escepticismo, más que justificado, ante manifestaciones como esas, que contradicen la prudente interpretación de GU ya establecida en los últimos años y que sin duda van a perjudicar considerablemente la credibilidad de la lingüística chomskiana.

Igualmente excesivas y confundentes, aunque tal vez explicables en un contexto

pedagógico, resultan alusiones a GU como "el sistema fijo e invariable del cual uno puede deducir literalmente las diversas lenguas humanas posibles" (p. 61; también pp. 107-108). Esa redacción induce a pensar que las opciones asignadas a los parámetros de GU determinan exhaustivamente el carácter de las lenguas, i.e., a una concepción innatista mucho más fuerte de lo que la propia evidencia empírica, desde luego, y la propia praxis de la lingüística chomskiana legitiman. Obviamente, sólo un pequeño número de características extremadamente abstractas de las lenguas quedan determinadas por las opciones de GU, por más que sean propiedades realmente muy trascendentales que repercuten a su vez en fenómenos muy diversos. A su lado hay que situar los infinitos avatares de la historia y del desarrollo de las civilizaciones, sin los cuales la mayor parte de lo que el lector medio identifica razonablemente como propiedades del lenguaje no puede ser explicado en modo alguno, como Chomsky mismo reconoce en otros lugares. Pronunciamentos como los citados, en cambio, conducirían necesariamente a la proliferación de parámetros y subparámetros cada vez más específicos y ad hoc y a una inexorable desnaturalización de la teoría.

Más que un cambio ideológico hacia posiciones innatistas mucho más fuertes, tal vez lo que esas manifestaciones de Chomsky dejan entrever es la dramática contracción del objeto científico de la lingüística chomskiana, y su interés cada vez más concentrado y excluyente en un dominio cada día más esquelético y abstracto, i.e., GU y las propiedades de las lenguas particulares que se derivan directamente de la fijación de los parámetros de GU, como sugeríamos anteriormente. Eso es lo que verdaderamente preocupa a Chomsky. Sin embargo, la competencia del hablante a la que se alude en (1) incluye eso junto a muchos otros aspectos claramente derivados de la experiencia del sujeto en un entorno lingüístico socialmente configurado, sobre los que la lingüística chomskiana apenas tiene nada que decir. Lo mismo se aplica en lo que respecta a la adquisición del lenguaje (cuestión número (2) supra), o a su procesamiento durante la producción y la comprensión del habla (cuestión número (3)). Chomsky y su escuela tienen interés en el proceso por el que el infante fija los parámetros de GU, pero encomiendan con gusto la explicación del resto de la adquisición de las lenguas a otros especialistas. Asimismo, sólo los aspectos formales y algorítmicos más abstractos del mecanismo lingüístico han jugado algún papel en los argumentos que aluden al procesamiento como fuente de restricciones sobre GU o como criterio de evaluación de la naturalidad de las explicaciones de la adquisición y el uso del lenguaje, y sólo ellos han sido invocados como restricciones que puedan guiar a neurólogos, psicólogos, etc. hacia hipótesis fructíferas en torno a la cuestión del soporte físico de la competencia a la que se alude en (4).

Las prioridades de la lingüística chomskiana están, pues, bien claras, y se dejan ver por doquier dentro del propio corpus de doctrina generativista en el diferente grado de desarrollo de unos y otros componentes de la teoría. El esquelético y trivial componente sintáctico que aún es necesario conservar y los sistemas de principios más abstractos, como la Teoría del Ligamiento o los principios que rigen las representaciones de la Forma Lógica, han sido exhaustivamente estudiados. En cambio, la investigación lexicológica generativista es fragmentaria

y en parte se deriva de la necesidad de hacer funcionar correctamente principios inicialmente postulados en esos otros componentes. Lo mismo cabe decir del extraordinariamente selectivo desarrollo de la semántica. Chomsky deja bien a las claras su postura a este respecto: " De hecho, la mayor parte de la teoría del significado se llama sintaxis" (p. 155). Seguramente Chomsky olvida en ese pasaje el enorme papel del Léxico, pero, en cualquier caso, el componente interpretativo que suele denominarse Forma Lógica, de dudoso status, por otra parte, ha quedado reducido a aspectos abstractos de carácter eminentemente sintáctico. En fin, en un plano más general aún, las prioridades quedan perfectamente reflejadas asimismo en la ostensible primacía conferida al desarrollo de la teoría de GU sobre la construcción de descripciones gramaticales minuciosas para las lenguas particulares.

Así pues, si atendemos a la praxis de la tradición chomskiana y no a pasajes esporádicos de fuerte innatismo como los antes señalados, la Lingüística que interesa a Chomsky y que éste preferiría "no distinguir" de la Psicología (p. 15) es la que se refiere a ese pequeño conjunto de propiedades abstractas atribuidas a GU. Todo lo demás, en realidad, no cuenta, o cuenta muy poco. Si bien, como decíamos, el programa de (1)-(4) supra parece indicar un intento de constituir una lingüística integral, lo cierto es que, pese a que el número de lenguas estudiadas ha crecido enormemente en los últimos veinte años, el ámbito de la teoría chomskiana se ha circunscrito cada vez más. Ese es, sin duda, el precio a pagar por los extraordinarios avances cualitativos obtenidos en la construcción de teorías contrastables y en la explicación de fenómenos no triviales de una gran variedad de lenguas, entre ellas el español, como el presente librito de Chomsky atestigua, pero al mismo tiempo debe llevarnos a replantear las relaciones de la lingüística chomskiana con otros enfoques y a reconsiderar el sentido de viejas polémicas, por ejemplo la de si el lenguaje es un fenómeno biológico, o por el contrario es un hecho social. Indudablemente, el Lenguaje del que hablamos cotidianamente es mucho más que ese pequeño cúmulo de consecuencias de GU. Eso es así para el hombre de la calle, y, querríamos argüir aquí, no tiene por qué no serlo asimismo para el lingüista. La estrategia chomskiana de las dos últimas décadas cada vez autoriza más un planteamiento modular del objeto de la Lingüística como un conjunto de restricciones de distinta naturaleza, entre ellas también algunas, y muy importantes, de carácter biológico. Eso legitima la existencia del programa chomskiano, cuyos éxitos en este terreno son indiscutibles, pero a la vez abre la puerta a una concepción más ecuménica e integradora de la teoría lingüística. Otros especialistas deben ocuparse de las restricciones objetivas, contextuales, funcionales, etc., que conjuntamente con las de carácter biológico definen el Lenguaje, y las teorías resultantes no tienen por qué ser incongruentes. Al contrario, más bien parece que buscar el objeto Lenguaje exclusivamente en un dominio biológico, sociocultural, o semiótico-formal sui generis no deja de ser una ilusión sectaria muy alejada del ethos científico.

En fin, es posible y provechoso, a nuestro modo de ver, leer EL LENGUAJE Y LOS PROBLEMAS DEL CONOCIMIENTO bajo esta luz, y hay que celebrar que esa experiencia esté ahora ya al alcance del público hispanohablante interesado en

estas cuestiones. El libro, desde luego, bien merece ser leído, y la versión española que aquí se nos ofrece es, en general, bastante acertada. Únicamente cabe lamentar las varias docenas de errores tipográficos y pequeñas omisiones de texto que contiene, algo inexplicable dadas las facilidades tecnológicas de edición a las que tenemos acceso en la actualidad.

Ω